

**EL EDIFICIO  
YACOBÍAN**

Título original:

Diseño de cubierta:

Imagen de cubierta:

Queda terminantemente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2006 ALAA AL ASWANY  
© de la traducción:  
© MAEVA EDICIONES 2006  
Benito Castro, 6  
28028 MADRID  
emaeva@maeva.es  
www.maeva.es

ISBN:  
Depósito legal:

Fotomecánica: G-4, S. A.  
Impresión y encuadernación:  
Impreso en España / Printed in Spain

ALAA AL ASWANY

# EL EDIFICIO YACOBIÁN

*Traducción:*



MAEVA

**A**penas cien metros separan el pasaje Behlar, donde vivía Zaki Bey el Desouki, de su oficina en el edificio Yacobián. Sin embargo, cada mañana tardaba casi una hora en recorrerlos, ya que tenía que saludar a sus amigos de la calle: los dueños de las tiendas de ropa y las zapaterías, los dependientes de ambos sexos, los camareros, los trabajadores del cine, los habituales del Café Brasil e incluso los porteros, los limpiabotas, los mendigos y los guardias de tráfico. Zaki Bey los conocía a todos por su nombre e intercambiaba con ellos saludos y novedades. Era uno de los residentes más antiguos de la calle Suleimán Pacha. Se instaló allí a finales de los cuarenta, tras regresar de sus estudios en Francia, y no se marchó nunca. Para los vecinos representaba un elemento folclórico querido por todos. Ya fuese invierno o verano, aparecía siempre llevando el mismo traje holgado que disimulaba su cuerpo delgado y enclenque. Un pañuelo, a juego con la corbata y planchado con esmero, sobresalía del bolsillo de su chaqueta; en la boca su famoso puro, que en otros tiempos fuera un excelente habano, pero que ahora se había convertido en uno de esos cigarros de fabricación nacional, mal prensados y de olor horrible; el rostro, arrugado por los años; las gafas, de gruesos cristales; la brillante dentadura postiza; los escasos mechones del cabello teñidos de negro y aplastados de un extremo a otro del cráneo, intentando disimular la gran calva... En resumen, Zaki el Desouki constituía en cierto modo una leyenda, por lo que su presencia despertaba gran interés aunque era como irreal. Parecía que fuera a desaparecer en cualquier momento, o bien que se tratara de un actor desempeñando un papel y del que se sabía, terminada la función, que se quitaría el disfraz y se pondría su auténtica vestimenta. Si a esto se añade su espíritu alegre, los chistes verdes que continuamente contaba y

su asombrosa capacidad para charlar con cualquier persona que se cruzaba en su camino como si se tratara de un viejo conocido, se comprende por qué, cuando Zaki Bey aparecía en la calle, a eso de las diez de la mañana, todo el mundo le recibía tan efusivamente. Los saludos surgían por todas partes y a menudo se le acercaban algunos de sus «discípulos», jóvenes empleados de las tiendas, quienes le preguntaban bromeando sobre cuestiones relacionadas con el sexo, tema vedado para ellos. Entonces Zaki Bey recurría a sus vastos conocimientos en la materia y explicaba a los chavales, con deleite y profusión de detalles y alzando la voz para ser escuchado por todos, los más sutiles secretos de la carne. A veces incluso pedía papel y bolígrafo, que le eran procurados en un santiamén, y dibujaba con claridad para los muchachos algunas curiosas posturas sexuales que había practicado en su juventud.



He aquí más datos importantes acerca de Zaki Bey el Desouki: era el hijo menor del *pachá* Abdel Aal el Desouki, conocido dirigente del *Wafd*, quien fuera ministro en más de una ocasión y uno de los terratenientes más ricos del país antes de la Revolución. Su familia poseía más de cinco mil *feddans* de las mejores fincas agrícolas. Zaki Bey realizó sus estudios de ingeniería en París. Como era de esperar, le estaba destinado un papel fundamental en la vida política egipcia a causa de la riqueza e influencia de su padre. Sin embargo, la Revolución trastocó repentinamente su futuro. El *Pachá* Abdel Aal fue expropiado y llevado ante un tribunal revolucionario que, aunque no pudo demostrar las acusaciones de corrupción política, le mantuvo bajo arresto un tiempo y le despojó de la mayoría de sus propiedades, que fueron repartidas entre los campesinos durante la reforma agraria. A consecuencia del impacto de todos estos acontecimientos, el *Pachá* no tardó en morir. La desgracia del padre la heredó el hijo, puesto que el estudio de ingenieros que había abierto en el edificio Yacobián no tardó en irse a pique, transformándose con el tiempo en un lugar en el que Zaki Bey pasaba las horas muertas leyendo el periódico, bebiendo café, recibiendo a sus amigos y amantes u observando desde la terraza a los paseantes y los vehículos que circulaban por la calle Suleimán Pacha.

Sin embargo, no había sido la Revolución la única culpable de su fracasoprofesional sino, sobre todo, su falta de voluntad y su afición a los placeres. Su vida, que sobrepasaba ya los sesenta y cinco años, con todos sus encuentros y desencuentros, felices y dolorosos por igual, giraba en torno a una sola obsesión: las mujeres. Era una de esas personas que se encuentran completamente a merced de los voluptuosos encantos femeninos. Las mujeres no eran para él un deseo que se enciende, se colma y se consume, no. Representaban todo un complejo mundo de pasiones tan diversas como variado es su cuerpo: senos prominentes y robustos, con pezones protuberantes como apetitosas uvas; traseros jugosos y ondulantes que aguardan su violento ataque sorpresa por la espalda; labios carnosos que sorben los besos y suspiran de placer; el cabello en todas sus manifestaciones (largo, suelto y liso; salvaje y con trenzas enmarañadas; media melena, al clásico estilo familiar, o esos cortes *à la garçon* que le inspiraban extrañas fantasías sexuales); los ojos, ¡ay!, esas miradas sinceras o traicioneras, descaradas o tímidas, incluso las de reproche, enfado y rechazo. ¡Qué hermosas!

Hasta este extremo o más amaba Zaki Bey a las mujeres. Las había conocido de todas las clases, empezando por la *nabila* Kamila, sobrina del antiguo rey, con la que aprendió las artes y rituales de la alcoba real: velas que iluminan en la noche, copas de vino francés que despiertan el deseo y disipan los miedos y un baño caliente antes de acostarse en el que untaba su cuerpo con cremas y perfumes. Con Kamila, pasión incontenible, aprendió cuándo había que empezar, cuándo era suficiente y cómo pedir los más lascivos juegos sexuales con refinadas palabras francesas.

También se había acostado con mujeres de todo tipo: bailarinas orientales y extranjeras, damas de la aristocracia, esposas de engreídos hombres de la alta sociedad, estudiantes de universidad e incluso de instituto, prostitutas, campesinas, sirvientas... Todas y cada una de ellas tenían su sabor. En ocasiones le gustaba comparar entre risas el sexo con la *nabila* Kamila, regido por el protocolo, con el de una mendiga a la que recogió en su Buick una noche que estaba borracho y a la que llevó a su casa en el pasaje Behlar. Cuando entró con ella al baño para lavarse descubrió que era tan pobre que se había cosido la ropa interior con retazos de sacos de cemento. Todavía recordaba con una mezcla de ternura

y compasión la turbación de la muchacha cuando se quitó las bragas, en las que estaba escrito con grandes letras «*Cementos Portland - Turah*». Recordaba también que era una de las mujeres más hermosas que había conocido y una de las más ardientes en la cama.

Todas estas variadas y ricas experiencias hicieron de Zaki el Desouki un experto en el mundo femenino. Tenía sus propias teorías, extrañas y curiosas, acerca de «la ciencia de la mujer», como él la llamaba, con las que se podría estar o no de acuerdo pero que son sin duda dignas de ser tenidas en consideración. Así, por ejemplo, afirmaba que las muchachas más hermosas normalmente son frías amantes en la cama, mientras que las de una belleza más normal o incluso un poco feas siempre son más ardientes puesto que necesitan amor de verdad y dan todo lo que tienen para satisfacer a sus amantes. Zaki Bey sostenía que el modo en que una mujer pronuncia la letra «s» permite saber si es buena haciendo el amor. Si dice las palabras «*Susu*» o «*Basbusa*» con voz trémula y excitante, se entiende que es una experta, y al contrario. Aseguraba, también, que toda mujer sobre la faz de la tierra tiene a su alrededor un determinado campo de atracción que emite continuamente ondas invisibles e inaudibles, pero perceptibles de un modo enigmático. Quien aprende a leer estas vibraciones puede experimentar con ella los extremos del placer. Por muy seria y decorosa que sea una mujer, Zaki Bey era capaz de percibir su deseo sexual por el temblor de su voz, por una risa exageradamente nerviosa o incluso por la temperatura de su mano cuando la rozaba al saludarla.

También hay otras mujeres que están poseídas por un deseo endemoniado, imposible de saciar, «*femmes fatales*» como las llamaba Zaki Bey en francés. Estas enigmáticas féminas no se sienten realizadas más que en la cama, y no encuentran otro placer en la vida que iguale al sexo. Tales criaturas llevan una existencia infeliz, puesto que su sed de deseo les conduce inexorablemente a un destino atroz y terrible. Zaki el Desouki afirmaba que estas mujeres son todas idénticas aunque sus rostros sean diferentes, e invitaba a los incrédulos a examinar atentamente las fotografías publicadas en los periódicos de esposas condenadas a pena de muerte por el asesinato de sus maridos en colaboración con sus amantes, diciendo: «Si observas con un poco de atención descubrirás que todas tienen una fisonomía similar: labios en su mayoría

carnosos y sensuales, separados, no apretados el uno sobre el otro; facciones duras, libidinosas; miradas brillantes y vacías, como la de un animal hambriento».



**D**omingo. Los comercios de la calle Suleimán Pacha cerraron sus puertas. Los bares y los cines se llenaron de clientes. La calle quedó vacía y oscura, con las tiendas cerradas y los antiguos edificios de estilo europeo como el melancólico escenario de una película romántica occidental. A primera hora de la mañana Shazli, el anciano portero, había trasladado su silla desde el ascensor hasta la acera, enfrente del edificio Yacobián, para observar a los que entraban y salían del portal en el día festivo. Zaki el Desouki había llegado a su oficina antes del mediodía. Desde el primer momento su criado Abaskharon se dio cuenta de lo que pasaba. Tras veinte años al servicio de Zaki Bey, era capaz de adivinar el estado de ánimo de su señor con sólo una mirada. Sabía qué significaba cuando llegaba a la oficina excesivamente elegante, desprendiendo el espléndido olor del perfume que reservaba para las ocasiones especiales. En esos momentos Zaki Bey se comportaba nervioso y tenso, sentándose y levantándose constantemente, caminando inquieto sin parar, disimulando su ansiedad con mal humor y pocas palabras. Esto siempre quería decir que esperaba la primera cita con una nueva amante.

Por eso Abaskharon no se enfadó cuando Zaki Bey le reprendió sin motivo, sino que agachó la cabeza, como quien comprende una orden, y terminó de barrer la sala rápidamente. Después cogió sus muletas de madera y golpeando las baldosas del largo pasillo con vigor y velocidad, llegó a la gran habitación donde estaba sentado Zaki Bey. Le preguntó con una voz que la experiencia había dotado de un tono completamente neutro:

-¿Su Excelencia tiene una «reunión»? ¿Le preparo los «materiales», Su Excelencia?

Zaki Bey miró en su dirección y le contempló por un instante, decidiendo el tono de reproche de su respuesta. Observó su chilaba de franela a rayas, desgastada en la mayor parte, sus muletas, su pierna amputada, el anciano rostro con la canosa barba crecida, los ojos pequeños, astutos, y esa sonrisa suplicante y asustada que nunca le abandonaba.

–Prepara los «*materiales*» para la «*reunión*». ¡Deprisa! –contestó Zaki Bey secamente antes de salir a la terraza.

En su diccionario compartido, «*reunión*» significaba la cita de Zaki Bey con una mujer en la oficina. Por su parte, los «*materiales*» se referían a los rituales concretos que Abaskharon disponía para su señor antes del encuentro amoroso. Comenzaba por una inyección de fortificante *Tri-B*, traído del extranjero, que le ponía en la nalga, causándole siempre gran dolor, por lo que Zaki Bey gritaba y maldecía al asno de Abaskharon por sus manos torpes e ineptas. A continuación, una copa de café aromatizado con nueces, sin azúcar, que sorbía con calma, mientras deshacía bajo su lengua una pequeña pastilla de opio. Terminaba el ritual con un gran plato de ensalada en el centro de la mesa, junto a una botella de whisky *Black Label*, dos copas vacías y una cubitera metálica llena hasta el borde de hielo.

Abaskharon se puso a preparar los «*materiales*» con esmero mientras Zaki Bey se sentaba en la terraza que daba a la calle Suleimán Pacha, encendía un cigarro y se dedicaba a observar a los peatones. Sus sentimientos oscilaban entre la excitación que el maravilloso encuentro le producía y la obsesión angustiada de que Rebab, su amante, olvidase la cita y diera al traste con el esfuerzo de todo un mes dedicado a perseguirla. Era esclavo de su amor desde que la vio por primera vez en el bar *Cairo*, en la plaza de Tawfiqiya, donde ella trabajaba de camarera. Le cautivó por completo y desde entonces frecuentaba el bar a diario para verla. La describía a un anciano amigo suyo con estas palabras: «Ella representa la belleza de las clases populares, con toda su vulgaridad y sensualidad. Como si acabase de salir de un cuadro de Mahmoud Said». Y proseguía Zaki Bey explicando a su amigo: «¿Recuerdas a aquella criada que tenías en tu casa que te volvía loco cuando eras adolescente? ¿Acaso no era tu mayor deseo lanzarte sobre su jugoso culo y agarrar sus enormes tetas de piel delicada mientras ella fregaba los platos en la pila de la cocina? Después ella se revolvió, aumentando el roce con tu cuerpo, gimiendo excitantes palabras de rechazo antes de entregarse: “*Señorito..., qué vergüenza..., no está bien, señorito*”. Pues he descubierto en Rebab un tesoro similar».

Pero el descubrimiento de un tesoro no significa su posesión. A causa de su amada Rebab, Zaki Bey se vio forzado a superar muchas dificultades: pasó noches enteras en un antro sucio, estre-

cho, mal iluminado y poco ventilado como el *Cairo*; casi se ahoga por el gentío y la espesa humareda de cigarrillos; estuvo a punto de quedarse sordo a causa del atronador volumen del radiocasete que no paraba de reproducir canciones obscenas ni un momento... Por no hablar de las peleas y las broncas que siempre terminaban a las manos entre los clientes del bar, una mezcla de obreros artesanos, gente de mala fama y forasteros; ni de esas copas de repugnante brandy que le quemaban el estómago y que se veía obligado a beber cada noche; ni de los evidentes engaños en las cuentas de las consumiciones de los que Zaki Bey aparentaba no darse cuenta... Además siempre terminaba dejando una buena propina para el bar y otra más generosa que metía en el escote de Rebab. Cuando sus dedos rozaban su pecho robusto y voluptuoso sentía que le hervía la sangre y le invadía un deseo incontenible que casi le hacía daño, tal era su fuerza e intensidad.

Todo esto sufrió Zaki Bey a causa de Rebab. Le estuvo ofreciendo una y otra vez una cita fuera del bar, pero ella rechazaba las invitaciones con coquetería. Él las había repetido sin perder la esperanza hasta que, el día anterior, ella aceptó visitarlo en su oficina. Su alegría era tal que metió en su escote un billete de cincuenta libras sin arrepentirse. Ella se acercó a él hasta el punto de que su aliento le golpeó ligeramente el rostro, se mordió el labio inferior y susurró con una voz excitante que destruyó la entereza que le quedaba a Zaki Bey:

-Mañana... recompensaré todo lo que has hecho por mí, querido.

Zaki Bey se puso la dolorosa inyección de *Tri-B*, chupó el opio y empezó a tomar con calma la primera copa de whisky, a la que siguieron una segunda y una tercera. Pronto se liberó de la tensión, el buen humor le invadió y agradables pensamientos empezaron a jugar alegremente en su cabeza como dulces melodías. La cita con Rebab era a la una y cuando el reloj de la pared dio dos campanadas Zaki Bey empezó a perder las esperanzas. Sin embargo, de pronto, escuchó las muletas de Abaskharon golpeando las baldosas del vestíbulo. Su rostro apareció en la puerta y, jadeando de excitación, como si la noticia le hiciera realmente feliz, dijo:

-*Madame* Rebab ha llegado, Su Excelencia Bey.



**E**l año 1934 el millonario Hagop Yacobián, líder de la comunidad armenia en Egipto por aquel entonces, tuvo la idea de construir un edificio que llevase su nombre. Eligió para este fin el mejor solar de la calle Suleimán Pacha y contrató la obra con una conocida oficina de arquitectos italiana que presentó una hermosa maqueta: diez pisos de gran altura, al suntuoso estilo clásico europeo; balcones adornados con cabezas griegas talladas en la piedra; columnas, escaleras y pasillos de mármol natural; ascensor *Schindler* del modelo más moderno... Los trabajos de construcción duraron dos años enteros y su resultado fue una obra arquitectónica que superó las expectativas hasta tal punto que el propietario pidió al arquitecto italiano que esculpiera sobre la puerta, en el interior, su nombre, «YACOBIÁN», en grandes letras latinas iluminadas con neón por la noche, en un afán de inmortalizarse y proclamar su propiedad sobre tan maravillosa construcción.

En el edificio Yacobián vivió la flor y nata de la sociedad de aquellos días: ministros y aristócratas dueños de los mayores latifundios, industriales extranjeros y dos millonarios judíos, uno de ellos de la conocida familia Mosseri. La planta baja del edificio se dividía por igual entre un inmenso garaje en la parte trasera, con numerosas puertas en el que se guardaban los vehículos de los inquilinos, todos ellos de ostentosas marcas, como Rolls Royce, Buick o Chevrolet, y una gran tienda en la parte delantera que ocupaba tres esquinas de la calle. Yacobián la utilizaba para exponer las joyas de plata que producía en sus talleres. Este comercio funcionó con éxito durante cuatro décadas. Después fue poco a poco decayendo hasta que fue comprado finalmente por *Hagg Mohamed Ezzam*, quien abrió una tienda de ropa.

En la inmensa azotea del edificio se destinaron dos habitaciones con servicios para residencia de los porteros y sus familias. En el resto de la azotea se construyeron cincuenta pequeños trasteros, tantos como apartamentos había en el inmueble, cuya superficie no pasaba de los dos metros cuadrados, con paredes y puertas de metal. Estaban cerrados con candados cuyas llaves fueron entregadas a los propietarios de los apartamentos. Estos cuartuchos, en aquel entonces, sirvieron para varios propósitos: como despensas, para guardar violentos perros de gran tamaño y también para lavar ropa, labor que desempeñaban en aquellos tiempos, antes de la invención de la lavadora eléctrica, lavanderas que hacían la colada en los trasteros y la tendían en largas cuerdas extendidas a lo largo

de la terraza. Los cuartuchos no se destinaron a dormitorios para los sirvientes probablemente porque los habitantes del edificio, en aquella época aristócratas y extranjeros, no concebían que un ser humano pudiese dormir en una dependencia tan estrecha como aquellas. Por el contrario, en sus espléndidos y maravillosos pisos, algunos de los cuales tenían ocho o diez habitaciones a dos niveles con escalera interior, destinaban una habitación para los criados.

Pero el año 1952 la Revolución lo cambió todo. Los judíos y los extranjeros empezaron a emigrar y los pisos se fueron vaciando a causa del exilio de sus propietarios. Pronto, oficiales de las Fuerzas Armadas, dueños del poder en esa época, se apropiaron de las viviendas vacías. Así, al llegar los años sesenta la mitad de los apartamentos del edificio estaban habitados por militares de distinto rango, desde tenientes y capitanes recién casados hasta generales que se mudaban con sus grandes familias. Incluso el general Dakrouri, director en su momento del gabinete del Presidente Mohamed Naguib, consiguió dos grandes apartamentos contiguos en el piso décimo, que utilizaba como vivienda para su familia el uno y como oficina en la que atendía sus asuntos después del mediodía el otro.

Pronto las mujeres de los oficiales empezaron a dar a los trasteros un uso diferente. Por primera vez sirvieron de dormitorios para los mayordomos, los cocineros y las jóvenes criadas traídas del campo al servicio de las familias de los militares. Algunas de las esposas de los oficiales eran de origen popular y no les parecía extraño criar conejos, patos y gallinas en los trasteros. La administración del barrio de El Cairo Oeste recibió muchas denuncias presentadas por los antiguos propietarios para que se prohibiese la cría de animales en la azotea, pero siempre eran archivadas debido a la influencia de los oficiales. Los vecinos protestaron ante el mismísimo general Dakrouri, quien –dada su posición e influencia sobre los militares– consiguió erradicar esta práctica antihigiénica.

Después llegó la política de apertura de los años setenta y los ricos empezaron a abandonar West el Balad para instalarse en barrios como Mohandesin o Nasr City. Muchos de ellos vendieron sus viviendas en el edificio Yacobián, y otros las mantuvieron como oficinas o clínicas para sus hijos recién licenciados o las alquilaban a turistas del Golfo. El resultado fue que poco a poco desapareció el vínculo entre los trasteros de la azotea y los apartamentos del edificio. Los antiguos mayordomos y criados vendieron sus cuartu-

chos a emigrantes pobres venidos del campo que trabajaban en algún lugar en West el Balad y necesitaban un alojamiento barato en la zona. Ayudó a facilitar este traspaso la muerte del agente del edificio, el armenio *Monsieur Grégoire*, quien dirigía las propiedades del millonario Hagop Yacobián con extremado celo y minuciosidad, enviando las ganancias todos los años en diciembre a Suiza, donde había emigrado la riqueza de Yacobián después de la Revolución. *Monsieur Grégoire* fue sucedido como agente por el abogado Fikri Abdel Shahid, hombre que hacía cualquier cosa por dinero. Se llevaba un gran porcentaje del traspaso de los trasteros y también otra parte del nuevo arrendatario por redactar el contrato de alquiler de su habitación.

Finalmente se estableció una nueva sociedad en la azotea, completamente independiente del resto del edificio. Algunos de los recién llegados alquilaban dos trasteros contiguos y hacían de ellos una pequeña vivienda con sus servicios (un inodoro y un lavabo). Los restantes, los más pobres, colaboraron para construir letrinas compartidas cada tres o cuatro habitaciones. Así, la comunidad de la azotea no tardó en parecerse a cualquier otra comunidad popular egipcia. Los niños correteaban descalzos y semidesnudos por los rincones de la terraza. Las mujeres pasaban el día cocinando y contándose cotilleos al sol. Con frecuencia se enfrascaban en peleas, insultándose y acusándose de las peores vilezas. Sin embargo, pronto se reconciliaban y volvían a tratarse como si nada hubiese sucedido, tras darse grandes besos en las mejillas gimoteando e incluso llorando por lo emocionadas y afectadas que estaban.

Los hombres, por su parte, no se interesaban mucho por las peleas de las mujeres y las consideraban una muestra más de su inconsciencia, de la que hablaba el Profeta, las bendiciones y la paz de Dios sean con Él. Todos los varones de la azotea pasaban la jornada en una ardua y amarga lucha para conseguir el pan de cada día. Regresaban al anochecer agotados para entregarse a sus tres pequeños placeres: una deliciosa comida caliente; varias pipas de tabaco dulce (o de hachís cuando había) que fumaban en el narquile, en solitario o juntos, las noches de verano; el tercer placer era el sexo, que practicaban con frecuencia, pues no encontraban en los *hadiz* que fuera pecado, sino algo lícito. Así, se puede afirmar que el hombre de la azotea se avergonzaba, como es costumbre entre la clase popular egipcia, de pronunciar el nombre de su

esposa delante de otros hombres, y se refería a ella como *Madre de Fulano*, o la llamaba «la parienta». Por ejemplo, cuando decía «la parienta ha preparado *mulujiya*», los presentes comprendían que estaba hablando de su mujer. Sin embargo, estos mismos hombres no tenían ningún reparo en comentar con gran detalle aspectos íntimos de su vida marital delante de sus camaradas, hasta el punto de que los hombres de la azotea conocían prácticamente todo acerca de las vidas sexuales de los unos y los otros.

A las mujeres, por su parte, independientemente de su grado de religiosidad y puritanismo, les gustaba mucho el sexo y cotilleaban en voz baja sobre los pormenores de su vida sexual, entre carcajadas divertidas o incluso licenciosas si estaban solas. No les gustaba sólo como una forma de desahogarse, sino porque el sexo y el apetito carnal de sus hombres les hacía sentir que, a pesar de todas las dificultades que padecían, todavía eran mujeres hermosas y deseadas por sus maridos. Y en esa hora, con los niños ya acostados, después de cenar y de dar gracias a Dios, con comida en la despensa suficiente para una semana o más, con un poco de dinero ahorrado por si venían dificultades, con la habitación en la que vivían todos juntos limpia y ordenada y el marido recién llegado a casa la noche del jueves, de buen humor debido a los efectos del hachís, reclamando a su mujer, ¿acaso no iba ella entonces a entregarse después de haberse lavado, acicalado y perfumado? ¿Acaso estas pocas horas de felicidad no constituían una prueba de que su miserable existencia era, a pesar de todo, afortunada en cierto modo? Necesitaríamos un hábil pintor para retratar la expresión del rostro de la mujer de la azotea, la mañana del viernes, cuando su marido bajaba a hacer la oración y ella se lavaba para eliminar las huellas del amor y salía a la azotea a tender las sábanas limpias, mostrando en ese momento su pelo mojado, su piel rosada y su mirada clara, como una flor abierta regada por la humedad de la mañana.



La oscuridad de la noche se retiraba, anunciando una nueva mañana. Una luz tenue aparecía sobre la azotea, colándose por la ventana de la habitación de Shazli, el portero. Allí estaba su hijo, el joven Taha, quien había pasado la noche en vela a causa de la ansiedad. Realizó la oración de la madrugada más dos plegarias

adicionales y se sentó sobre la cama, vestido con su chilaba blanca, a leer el *Libro de la Oración Respondida*, repitiendo en el silencio de la estancia entre débiles susurros:

*«¡Dios mío! Te ruego que me concedas un buen día y me protejas de los males que pueda encontrar. ¡Oh Alá! protégeme con tu ojo que nunca duerme y perdóname con tu poder; pues no soy digno de Ti y Tú eres mi esperanza. Oh, mi Señor; gloria y honor a Ti, hacia Ti dirigi mi rostro, muéstrame tu noble faz y recíbeme con tu perdón sincero y tu generosidad, sonríeme y compláceme con tu misericordia».*

Taha estuvo leyendo las oraciones hasta que la luz de la mañana inundó la estancia y poco a poco comenzó la actividad en las otras habitaciones: voces, gritos, risas y toses; puertas que se abrían y se cerraban; los olores del agua caliente, el té, el café, las brasas, el tabaco dulce... Para los habitantes de la azotea era el principio de una nueva jornada. Sin embargo, Taha Shazli sabía que ese día su destino cambiaría para siempre. Dentro de unas pocas horas se presentaría a la entrevista de acceso para la Academia de Policía, el último esfuerzo en una larga carrera de ilusiones.

Desde la infancia su sueño era llegar a ser agente de policía y para lograrlo había sacrificado todo lo que poseía. Se dedicó a estudiar con ahínco en secundaria, hasta conseguir una nota de ochenta y nueve por ciento en letras sin asistir a clases particulares, exceptuando algunas clases de refuerzo en la escuela que su padre apenas pudo pagar. En las vacaciones de verano se apuntaba al gimnasio del centro juvenil de Abdin, que costaba diez libras mensuales, y se dedicaba a hacer duros ejercicios, hasta que consiguió el fondo físico que le capacitaba para las pruebas de la Academia de Policía.

Con el fin de ver hecho realidad su sueño, se granjeó la amistad de los oficiales de policía del distrito, hasta el punto de que todos se convirtieron en sus amigos, tanto los que trabajaban en la comisaría de Kasr el Nil como los del pequeño puesto de Kotsika dependiente de aquella. Gracias a ellos Taha conocía todos los detalles de las pruebas de acceso. También estaba al corriente del soborno de veinte mil libras que pagaban los ricos para conseguir que se admitiese a sus hijos en la Academia. ¡Cuánto le hubiese gustado poseer esa cantidad!